

CORDURA Y DECISION

Sentimos a nuestro alrededor como se van disponiendo las circunstancias en favor de nuestras aspiraciones y todos los días vemos como las inteligencias más honestas y valientes se nos aproximan, a veces hasta sin querer, llevadas sólo por la fuerza de la lógica, que es también la que nos facilitó crear nuestras posibilidades de futuro.

Todo nos indica que se aproximan momentos en los que moralmente estamos obligados a aplicarlos con todas nuestras fuerzas y en los que deberemos actuar como factores principales de los fenómenos, que si los hemos vaticinado más o menos acertadamente, en parte hemos contribuido a crearlos.

La crisis en que la humanidad se debate angustiosamente, busca una solución que tarde o temprano será semejante a la que hemos preconizado, pero su desarrollo dependerá de la eficacia de nuestra acción social, ganando tiempo y economizando energías.

No sabemos si a los demás compañeros les ocurre lo que a nosotros. Nos sentimos próximos a una responsabilidad definitiva y sentimos la urgencia de hacernos cargo de ella a la mayor brevedad posible. Ahora mismo nos sentimos entusiasmados y seguros, sin embargo, comprendemos que la tarea va a ser más ardua que nunca y que hasta para emprenderla, debemos crear nuevos instrumentos y refaccionar los que hasta ahora hemos empleado. Sabemos que son muchas las dificultades que hay que vencer, más de las que a primera vista aparecen; que muchas de esas dificultades están en nosotros mismos, y por eso mismo son más duras para dominarlas, y que el fin de la obra estará un poco más lejos de donde lo suponemos.

Perfectamente, los anarquistas, como el que ha escrito lo que antecede, no saben tampoco donde tiene la cabeza. Resulta, pues, que ese anarquista no sabe de mando ni de obediencia, pero escribe que hay que obligar a que otros, todos los elementos sociales (¿menos los anarquistas?) entren en el camino libertario. He aquí una muestra de esa logomaquia contradictoria, que tanto mal causa al anarquismo. Cualquiera ignorante que lea ese párrafo imbecil, sacará lógicamente esta conclusión: «bueno, los anarquistas no quieren mandar ni obedecer, pero me quieren obligar a que haga lo que a ellos les da la gana». Luego, cuando se habla de todos los elementos sociales, creamos que entre éstos también han de contarse los anarquistas, que son, a todos los efectos, elementos sociales; conclusión lógica también, pues; hay que obligar a los anarquistas, ¿Caramba, no llegábamos nosotros, en nuestra iniciativa, hasta el extremo de «obligar» a nadie! Declamamos que los compromisos serían libres y aceptados voluntariamente, y cuando nos referíamos a las coacciones morales — que admite una inteligencia tan superior como la de Ricardo Mella — teníamos presente las cosas que hacen muchos, solamente para su provecho individual, pues, en nuestro campo existe, como en todas partes, tipos inmorales que explotan el nombre de la anarquía.

Los anarquistas que tengan amor real por la obra a cumplir, obra práctica, han de repudiar esa logomaquia contradictoria de los eternos charlatanes que se oponen a todas las buenas medidas, por el sólo gusto de oponerse, pues, como hemos visto, esos pretendidos independientes, no sabiendo qué decir de razonable, en nombre de la libertad que dicen defender; hablan de «obligar» a los mismos anarquistas que son, en parte, de los «elementos sociales». Nosotros no obligamos a nadie, pero sí queremos concertar nuestros esfuerzos para que, en la acción aislada, no lo aprovechen otros partidos, que el aprovecharse un partido no significa «pro»-charse el pueblo. Al contrario, el pueblo «quiere» engañado; el pueblo, con el entusiasmo revolucio-

ario despertado por nosotros, es llevado a entrar en la ficticia organización revolucionaria de los partidos políticos, porque estos partidos fingien «revolucionaria» cuando el pueblo tiene el entusiasmo por la revolución. Y no queremos que se estafe al pueblo ni ser estafados nosotros, y por esto el entusiasmo revolucionario, despertado por nosotros, deseamos que entre en nuestra organización, que no tiene lo revolucionario, sino que la sienta de verdad. Los profesores de logomaquia contradictoria no se hallan bien dentro de un organismo de colaboración, porque alguien, con atinadas razones, puede desinflar el globo de sus vanidades ridiculas de sabibondos huecos. Prefieren estar solos para berrear a gusto. Tan engreídos de sí mismos están, que creen que se les va a impedir que digan al mundo las grandes cosas importantes que tienen en la cabeza. Preferimos ser más modestos — nosotros no tenemos nada importante que decir — y creemos que sin nosotros el mundo rodará lo mismo. Si no tenemos nada importante que decir — pues, lo que decimos lo puede decir cualquiera — queremos, en cambio, «hacer» algo importante: la revolución anarquista. Y para las cosas de hacer más, se completa la obra, más se armoniza y se consolida en colaboración libre, dentro de una organización que en el aislamiento y la arbitrariedad. Los pretendidos independientes no se paró a distinguir libertad de la arbitrariedad; para ellos, cualquiera que haga o diga lo que le venga en gana, en nombre de la anarquía, es ya anarquista y tiene derecho a usar y abusar sin que nadie le diga nada — pues, decir algo en contra, es una coacción moral que los «independientes» no admiten. Pero, en cambio, los muy tontos o brutos, admiten eso de obligar a todos los «elementos sociales».

Compañeros: trabajemos por nuestra organización, y no hagamos cargo de la oposición imbecil de los cretinos, que se figurarán que les vamos a empujar el cerebro para ocultar al mundo las cosas importantes. Entre nosotros no hay tantas ni obligaciones impuestas, sino compromisos libres. Lo mismo que organizamos una función o un picnic para que den buenos resultados, comprometidos los compañeros, unos a hacer una cosa y otros otra cosa, según sus capacidades e inclinaciones, también debemos organizar nuestras fuerzas revolucionarias para que den buenos resultados, dejando a cada grupo la elección de la tarea que más le agrade realizar.

Los charlatanes de la anarquía

Logomaquia contradictoria

Nuestra iniciativa de organización anarquista, en general, ha sido bien acogida y pronto trataremos de comenzar los trabajos prácticos para dar realidad al proyecto. Claro está que han salido al paso de la oposición, los eternos charlatanes del anarquismo, que, sabiéndose incapaces para toda tarea de colaboración que requiera conocimientos y talento, encuentran perfecto acomodo dentro de su arbitrariedad individual para hacer lo que se les da la gana. Uno de estos que ha dado ya muchas pruebas de ignorancia, rebuznador de oficio, que ensucia semanalmente un periódico — el Montevideo, se opone a nuestra iniciativa, alegando pretextos de libertad e independencia, escribiendo verdaderas tonterías. Júzgen los lectores por este párrafo:

«Lo esencial para la anarquía, para el anarquismo, es obligar a los hombres socialistas, o no socialistas, a los partidos, a todos los elementos sociales, a un cambio, a una transformación constante, en el camino libertario. Los anarquistas no son «hombres» de sistema hecho ni de partido, porque no saben de mandatos ni de obediencias... Perfectamente, los anarquistas, como el que ha escrito lo que antecede, no saben tampoco donde tiene la cabeza. Resulta, pues, que ese anarquista no sabe de mando ni de obediencia, pero escribe que hay que obligar a que otros, todos los elementos sociales (¿menos los anarquistas?) entren en el camino libertario. He aquí una muestra de esa logomaquia contradictoria, que tanto mal causa al anarquismo. Cualquiera ignorante que lea ese párrafo imbecil, sacará lógicamente esta conclusión: «bueno, los anarquistas no quieren mandar ni obedecer, pero me quieren obligar a que haga lo que a ellos les da la gana». Luego, cuando se habla de todos los elementos sociales, creamos que entre éstos también han de contarse los anarquistas, que son, a todos los efectos, elementos sociales; conclusión lógica también, pues; hay que obligar a los anarquistas, ¿Caramba, no llegábamos nosotros, en nuestra iniciativa, hasta el extremo de «obligar» a nadie! Declamamos que los compromisos serían libres y aceptados voluntariamente, y cuando nos referíamos a las coacciones morales — que admite una inteligencia tan superior como la de Ricardo Mella — teníamos presente las cosas que hacen muchos, solamente para su provecho individual, pues, en nuestro campo existe, como en todas partes, tipos inmorales que explotan el nombre de la anarquía.

Los anarquistas que tengan amor real por la obra a cumplir, obra práctica, han de repudiar esa logomaquia contradictoria de los eternos charlatanes que se oponen a todas las buenas medidas, por el sólo gusto de oponerse, pues, como hemos visto, esos pretendidos independientes, no sabiendo qué decir de razonable, en nombre de la libertad que dicen defender; hablan de «obligar» a los mismos anarquistas que son, en parte, de los «elementos sociales». Nosotros no obligamos a nadie, pero sí queremos concertar nuestros esfuerzos para que, en la acción aislada, no lo aprovechen otros partidos, que el aprovecharse un partido no significa «pro»-charse el pueblo. Al contrario, el pueblo «quiere» engañado; el pueblo, con el entusiasmo revolucio-

ario despertado por nosotros, es llevado a entrar en la ficticia organización revolucionaria de los partidos políticos, porque estos partidos fingien «revolucionaria» cuando el pueblo tiene el entusiasmo por la revolución. Y no queremos que se estafe al pueblo ni ser estafados nosotros, y por esto el entusiasmo revolucionario, despertado por nosotros, deseamos que entre en nuestra organización, que no tiene lo revolucionario, sino que la sienta de verdad. Los profesores de logomaquia contradictoria no se hallan bien dentro de un organismo de colaboración, porque alguien, con atinadas razones, puede desinflar el globo de sus vanidades ridiculas de sabibondos huecos. Prefieren estar solos para berrear a gusto. Tan engreídos de sí mismos están, que creen que se les va a impedir que digan al mundo las grandes cosas importantes que tienen en la cabeza. Preferimos ser más modestos — nosotros no tenemos nada importante que decir — y creemos que sin nosotros el mundo rodará lo mismo. Si no tenemos nada importante que decir — pues, lo que decimos lo puede decir cualquiera — queremos, en cambio, «hacer» algo importante: la revolución anarquista. Y para las cosas de hacer más, se completa la obra, más se armoniza y se consolida en colaboración libre, dentro de una organización que en el aislamiento y la arbitrariedad. Los pretendidos independientes no se paró a distinguir libertad de la arbitrariedad; para ellos, cualquiera que haga o diga lo que le venga en gana, en nombre de la anarquía, es ya anarquista y tiene derecho a usar y abusar sin que nadie le diga nada — pues, decir algo en contra, es una coacción moral que los «independientes» no admiten. Pero, en cambio, los muy tontos o brutos, admiten eso de obligar a todos los «elementos sociales».

los suelta sobre la pampa causa de trabajo. Y ella sola; incapaz de defenderse. Sola y triste se entrega al que llega y le brinda el trabajo del paria. Finalmente, el colono, invisible casi ante la pampa, y el cielo infinito, mira su dolor y su angustia, su alegría y su vida, todo el estuero de bruto, marcharse hacia la ciudad lejana.

Y a él que le queda? ¿Qué le dejará el negro aledo de alas? La pampa triste, la pampa nuevamente virgen, la pampa infinitamente grande, infinitamente pobre. A él le dejaron la esperanza de un «nuevo año más. Y como un buey, mansamente acaricia el arado que reduce al sol del verano que muere y se prepara a surcar, a escribir sobre la pampa infinita su signo de dolor y de angustia. Un nuevo poema de esperanza.

«Mas dicen las crónicas, que el hombre se cansa de ser buey; dicen que los alces traen vientos malos, que el hombre de la pampa ya no muge; ensaya rugidos. He ahí, por que sobre la pampa comienza un estremecimiento nuevo. He ahí como la pampa siente caricias de fuego, como el dolor humano gesta quizás cuales tragedias sobre la tierra inmensa, bajo el cielo infinito, con el agujón del sol chispeante, frente a un mar de oro, que dejará miseria, que inundará la República de maldad e injusticias. He ahí porque la pampa es triste, porque la pampa no canta juventilmente en cada primavera o en su verano de oro.

Desde tierra adentro, hermanos, llegan rugidos de selva, la pampa se estremeció, a la leona van a robarle sus cachorros de oro...

Enés Di FILIPPO.

Rosario, noviembre de 1920.

LA REVOLUCION FACIL

Una conversación sostenida con un anarquista viejo, pero ahora muy maximalista, nos explicó bien el origen de la simpatía de muchos hacia la revolución rusa y el comunismo político.

«Está ese origen en el deseo de terminar con la esparta de la social, en el cansancio que nos produce a muchos la sola idea de lo que hay que hacer. Yo quiero tener ahora, al alcance de la mano, lo que siempre pareció lejano y arduo».

Además de esa burguesería — la vida moderna es en verdad cansadora, aplastante, y muchos ceden, no resistiendo a tanta tensión nerviosa — es otra causa del fulminante maximalismo el interés político de decir: «bueno, triunfado, nuestras ideas se han admitido fácilmente».

El hombre luchó todo el año con la tierra. El hombre quiso esclavizar y se convirtió en su esclavo. Sus energías, su vida, el alma misma, las convirtió en lumen para hacerla más fecunda. Hoy, la fealdad, la pesadumbre del trabajo ha dorado la superficie triste de la pampa. La pampa no es más que una palpitación de oro. El hombre, en un solo mirápido siente la voluptuosidad inmensa de tanta riqueza, más no ve, no goza, su alma parece ajena a su fuerza; diríase que duda. Es que el trabajador ya oye gritos agoreros. Canciones de aves malas. Espectros horribles que ciernen su maldad sobre la pampa de oro. Negra bandada de cuervos que agitan sus alas ante el sol para «oscurecer el encanto del trigo que brilla, del trigo que acaricia la mano ruda del trabajador. La ciudad los envía. La ciudad, monstruo de horror y de odio,

estas horas habría adobado mucho más en su desarrollo y se habría evitado muchos truenos.

«Si durante veinte treinta o más años hemos pasado una orientación anarquista — satisficémosnos en ella — cada nueva experiencia, no sólo por el hecho de la revolución rusa, nos ha de hacer cambiar nuestra utopía social y proletaria en un partido político, anarquista, autoritario y cerrado.

La mejor propaganda

Ha sido un ejemplo casi imitativo de los anarquistas, contar con una hoja periódica de propaganda. Un anarquista, o un grupo de anarquistas, lo primero a que tienen es a editar un periódico. Si no tienen el periódico, parecen que toda la obra proselitista queda en el aire. No se detienen a observar cuál puede ser propaganda el mejor y más eficaz; si el tan ansioso y caro periódico, o el libro, o el folleto, o la propaganda individual.

Estamos convencidos de que todo cooperar a la obra proselitista. Lleve al diario y el periódico, hasta al ejemplo de las propias acciones. Lo malo es olvidar uno de los medios de propaganda para dedicar íntegro el estuero a uno sólo. Tal exclusividad en la labor agudiza angustiosamente moral, del que pocos pueden salvarse, y cuando a ella se dedica gran actividad, hay el peligro de que los otros medios, a veces los más eficaces, no sean sucedidos.

«Algo así ha sucedido con la prensa socialista anarquista: la que ha desmenuado más medios, y que ha permitido el desarrollo de esa enfermedad, la literatura tan terrible como inútil. Este mal de la literatura y los gastos ocasionados, no han sido compensados con los resultados positivos obtenidos. La carencia de tinta y papel gastados, ha facilitado más la exposición de abstrusidades y filigranas de presantes — y presupuestos escritores, que la de ideas claras y noblemente expresadas.

Niempo hemos considerado necesario rebelarnos contra la víscera exageración periodística, y lo hemos opuesto a un positivista esterilidad, la propaganda individual, realizada colectivamente y coherentemente en el hogar, en el círculo de las relaciones, en el taller, en la calle misma.

Y siempre la hemos empleado, considerándola como la base de nuestra proselitismo, auxiliándonos en la obra con el folleto y con el libro, a veces con el periódico.

Sobre esa propaganda, individual deba buscarse el proselitismo anarquista; con su empleo se comprueba su eficacia, como ahora en el «cambio» donde la participación de su proletariado ha sido provechosa por la actividad de los compañeros que, perseguidos en la ciudad, han ido al interior, buscando paz y tranquilidad.

Además, el periódico es dirigido al suscriptor, personalmente convencido que si no lo dejó apuntado con los papeles inútiles, tampoco se lo alcanzará al amigo.

«Está ahí más de las cosas, porque no se cree en la propaganda individual. La mayoría de los compañeros de nuestra línea demasiado impropia, desahuciando, y crea que suscribirse a un periódico han hecho ya bastante sacrificio por la causa».

Anarquistas los que de un anarquismo también hacen, desahuciando hacer, pues el logro de nuestros ideales no se alcanzará por unos centavos al mes, sino por un trabajo ímprobo y, por eso mismo, por una decidida voluntad revolucionaria. Pero, es claro, pocos son los que están dispuestos a realizarlo. La eficacia de esta acción repugnante radica en la simpatía que se suscita en los interloquutores, en la fidelidad de las demostraciones objetivas, en la distinción inimitable de las acciones. Ello no demuestra que los «anarquistas» rudos son «decomunistas», que decir, «comunistas» y verdaderos compañeros nuestros, sino que los socialistas, al que hacer algo práctico, al ir a la verdadera realidad, que el anarquismo es una vez más falsificado, inutilizado, inaprovechable.

«El hombre que adopta teoría-táctica y modifica su ideología en el mismo sentido que la nuestra. Nos parecen estos hechos, que amigamos a nosotros los que estamos en el hogar y en la buena orientación y no hay duda de que si los soviets maximistas hubiesen sido más anarquistas, no como fundamentos de desorden, sino como destructores más impropios de los viejos y desordenados orden — res-

NOTAS

En la Pampa...

La pampa comienza a estremecerse. Son estremecimientos de oro y fuego, riqueza y miseria, alegría y dolor. La pampa siente el dolor de su vientre henchido, pronto a reventar en un mar de espigas doradas. La pampa, bajo el sol, bajo este sol ardiente, tiene la belleza de todo lo que comienza a ser trágico.

El hombre luchó todo el año con la tierra. El hombre quiso esclavizar y se convirtió en su esclavo. Sus energías, su vida, el alma misma, las convirtió en lumen para hacerla más fecunda. Hoy, la fealdad, la pesadumbre del trabajo ha dorado la superficie triste de la pampa. La pampa no es más que una palpitación de oro. El hombre, en un solo mirápido siente la voluptuosidad inmensa de tanta riqueza, más no ve, no goza, su alma parece ajena a su fuerza; diríase que duda. Es que el trabajador ya oye gritos agoreros. Canciones de aves malas. Espectros horribles que ciernen su maldad sobre la pampa de oro. Negra bandada de cuervos que agitan sus alas ante el sol para «oscurecer el encanto del trigo que brilla, del trigo que acaricia la mano ruda del trabajador. La ciudad los envía. La ciudad, monstruo de horror y de odio,

EL SUFRAGIO UNIVERSAL

que los hombres se ven en la imprescindible necesidad de luchar y de aquí el robo y el asesinato, que durarán tanto tiempo como el guarde y que sólo desaparecerán con el triunfo del Comunismo Anárquico, cuando dicho triunfo sea realmente un hecho.

—El Tercero. — ¿Qué es eso del Comunismo Anárquico? — El Filosófico. — El Comunismo Anárquico, es el principio social que respalda todas las exigencias y justos de la humana especie, porque con él, todos los humanos tendremos todo lo necesario para satisfacer todas las necesidades.

Lo Porque en la naturaleza existe abundantemente de todo y para todos los gustos: 1.º Porque, auxiliados por el mecanicismo, como el trabajo obtendremos y elaboraremos a nuestro gusto cuanto nos será necesario y útil a la vida material e intelectual del individuo y de la humanidad entera.

Ahora bien; si el problema de la producción, que es sin duda alguna lo más importante, está ya galantemente resuelto y se sabe positivamente que haciendo de todo el planeta una sola propiedad y que en este ancho campo cada uno encontrará su gusto en tal o cual ramo de la producción, ya porque irá con quien, en dónde y cuándo le sea que venga en gusto; ya porque el trabajo no será un martirio cual es hoy, sino una verdadera satisfacción para el que lo haga, porque dicho ejercicio le será agradable, recreativo y saludable.

—Agradable, porque lo dedicará a lo que sea de su gusto: — Recreativo, porque le servirá para dar expansión a las fuerzas comprimidas que el individuo en su produce por efecto de la nutrición.

Y saludable, porque el movimiento es vida, y porque la circulación de la sangre y demás fuerzas sensibles por nuestras venas y arterias, es, sin duda alguna, la regla más necesaria e indispensable para evitar el mal; y a su vez la más eficaz para conservar y robustecer la salud y la vida.

—¿Sólo el sufragio universal puede proporcionar el necesario y ser bien visto de sus semejantes, sin un elemento he- se lo proporcionará? Luego, la demencia, la bocharchería y la holgazanería desaparecerán como por encanto, en una sociedad donde todas las acciones sean libres, las necesidades satisfechas y la ciencia aplicada por el conocimiento que de ella se tenga y no por un cálculo mercantil, cual irrisorio tráfico impera hoy, en esta sociedad basada en el crimen y el robo.

SOBRE EL ODIOS

Cuando el hombre se ve impedido o impedido ya por la brutalidad armada o por la imposición de una moral falaz en su libre desenvolvimiento o en la facultad de asociarse con hombres ajenos a sus aspiraciones e intereses o en la propagación de principios profanamente humanos, el odio brota espontáneo y legítimo, estalla o semejanza de un explosivo y desencadena las pasiones del edificio de la opresión.

La lucha se hace cruel; la defensa desesperada de la serpiente que opono su nerviosa agilidad elástica y su mortal veneno a la garras del León. Pero el odio, para ser propulsor de emancipación, ha de ser educado severa y hábilmente a tener su interpretación clara, superadora del puro instinto bestial.

Es el odio arma necesaria contra el Estado tiránico en la batalla frente al capitalismo que absorbe la sangre proletaria. Rota la cadena de la opresión, el odio, por todo lo que es enemigo de la felicidad individual, germen de la colectiva, será el vehículo del bien y de la perfección humana; al transformarse, tendrá desparado la conciencia violenta en las ideas y la criminal explotación económica.

Mientras la lucha social se desconcierta furiosamente, el odio es como un puño formidable en acción sobre la masa preda por los pájaros con los sangres de los otros, grito de guerra de la plebe hambrienta y angustada contra la inabarcable que, hasta del sol ha hecho propiedad privada, condeando a las multitudes proletarias a las tinieblas. Parece un toro furioso, que causado de inmortalarse en el circo de la brutalidad del público, sale del recinto donde sólo hubiera encontrado la muerte y aletea a quien osa oponerse a su salvación para retener libremente hacia la tragedia.

Odiemos profundamete, consistentemente, pero aprendamos al mismo tiempo el motivo el porqué del odio. Hay que ser inteligente y no simplemente distraído.

Antes de examinar la influencia que el parlamentarismo ha ejercido en el movimiento socialista, es buena estudiar el sufragio universal, sea como principio de vida política, sea como instrumento de emancipación; porque habiendo el dado al parlamentarismo (esa forma política propia del régimen burgués) la consagración de un sufragio concentrado en el pueblo, ha hecho de modo que cierto socialismo haya podido encontrar la ocasión, buscada o no, de bajar al terreno parlamentario y allí romperse a burguesarse.

Si entre las instituciones políticas que rigen o pueden regir las sociedades humanas, existe una que pareció inspirarse en el principio de justicia e igualdad, y que excitó a un excitó vivas esperanzas en los amigos del progreso, esa es, a no dudarlo, la del sufragio universal.

El sufragio universal, al decir de sus defensores, cerraba para siempre la era de las revoluciones y abría el camino a las reformas pacíficas, hechas en el interés de todos y por todos consentidas.

La legislación se ponía al nivel de la civilización, y en todo tiempo modificable, ella respondería siempre a las necesidades y a la voluntad de la mayoría de los hombres.

La opresión y la explotación de la gran masa de la humanidad por parte de un pequeño número de gobernantes y capitalistas, no tendría más razón ni medio de existir; y si en efecto la miseria de los más no era una inevitable ley de la naturaleza, sino una consecuencia puramente social que la sociedad podía corregir, la miseria desaparecería para siempre con todos los dolores y todas las degradaciones que ella genera.

Y hay que convenir en que a primera vista, la cosa parecía que debería ser propiamente así.

En la sociedad actual todo está regido por leyes; los que las dictan son, en último análisis, los diputados; los diputados son nombrados por los electores: entonces son los electores quien mandan y disponen todo. Y como los trabajadores constituyen el gran número, ellos serán, si fueran a votar, los árbitros de su suerte y de la de la nación general.

—Pero, contra este razonamiento, en apariencia tan simple y claro, está la práctica de los hechos con su innegable truculenta cloacina.

Hay países en los cuales el sufragio universal existe y funciona regularmente desde hace mucho tiempo; hay otros que han visto, alteradamente, establecido, abolido y restablecido nuevamente el sufragio universal; y las condiciones morales y materiales de las masas han quedado siempre en las mismas condiciones sangrosas mejores alguna.

Basta conocer un poco la historia o simplemente haber viajado algo, o leer los diarios pertenecientes a cualquier círculo político, para darse cuenta que el sufragio universal, aún sin la dirección de un rey y de un senador, aún con el complemento del arcaísmo, y de la iniciativa popular (como en Suiza), no ha servido jamás a ninguna parte para mejorar la suerte de los trabajadores.

En las repúblicas, como en los monarquías a base de sufragio universal, las cámaras están compuestas de propietarios abogados y otros magnates, al cual como en los países en los cuales el sufragio es más o menos restringido a las clases poseedoras e instruidas, y en los unos como en los otros países, las leyes que las cámaras sancionan, sirven sólo para legalizar la explotación y el esclavitud de los explotados.

Desde los golpes de estado mopolíticos, o las grandes masacres burguesas; de las invasiones viles y usurpadoras de poblaciones mil tarmente débiles, a la miseria sistemática de los trabajadores y al asonido colectivo de los hambrientos; desde el bandolerismo en grande de los conquistadores, a las merquina proporciones y necesidades hufonescas de ministros burocráticos; no existe atenuado a la civilización, al progreso, a la humanidad, no existe ninguna gran o pequeña que el sufragio universal; hábilmente amanejado, no ha justificado, absoluto y glorificado. No hubo lágrimas de mujeres, ni llantos del pueblo, que el voto inconsciente de los miseros no hayan buñado y hecho más dolorosos.

—¿De qué depende esta contradicción entre los hechos y el resultado que la ciencia preveía? ¿Se trata, quizá, de un fenómeno inexplicable, de un caso de milagro sociológico? — Examínemos y tendremos un rasgo más p... más y por consiguiente más

pequeña minoría que detenta la riqueza y el poder? — El elector no es ni puede ser en general, ni capaz de votar con conciencia, ni libre de votar como quiere.

Sin instrucción previa ni medios para instruirse, reducido a creer ciegamente lo que ultra un diario, si es que sabe leer y tiene tiempo para ello, siguiendo las cosas y los hombres, que pertenece a su inmediato contacto, puede el proletario, haber cuéles sean las cosas que se han de exigir a un parlamento y cuáles sean los hombres que deben pedir por él; ¿Puede tan siquiera formarse una idea clara de lo que es un parlamento?

Ciertamente que los campesinos como los obreros, aun los que son buenos instruídos, conocen más que un doctor en economía política cuando se trata de sus intereses directos de las cosas que ellos ven y palpán, de su trabajo, de su casa, de su vida cotidiana. También pueden, con facilidad, formarse una opinión sobre todas las cosas que les afectan cuando les son presentadas en una forma simple y natural. Ellos sabrían decir si quieren o no que el patrón, sin moverse de su asiento, le tome la mejor y mayor parte de los productos de su trabajo; ellos sabrían decir si quieren o no servir de soldados; ellos sabrían dar, acertado empleo a las riquezas de su comunidad o de su nación si poseeran todos los datos necesarios sobre los productos disponibles y sobre la potencia de la producción y sobre las necesidades de sus conciudadanos. Pero si las cuestiones que se les presentan no les atañe o están de tal modo complicadas con intereses extraños que ya no pueden reconocerlas; si las cosas más claras son observadas por una palabrería técnica que hace de la política una ciencia oculta, ya ellos no se sentirán capacitados a informarse y reflexionar; porque saben que de todos modos no son ellos los que han de decidir sino otros que piensan en su lugar, entonces es fuera de duda que su voto resulta inconsciente.

Y si un supuesto que el hombre del pueblo llegara a formarse conciencia sobre el engranaje político, podría ser el libre e independiente para votar como quisiera?

Su vida y la de sus hijos depende del bienestar de un patrón que él mismo, reduciéndolo al trabajo, reducirlo a miseria de miseria. Infinitos medios poseen el patronato y los agentes del gobierno para vengarse, en forma táctica o jesuitica, de los que no hayan votado como ellos desearán; y, por otra parte, promesas, aduaciones, favores, pueden en todos los momentos introducir la vacilación en el ánimo del obrero, poniendo en lucha su conciencia de hombre libre con el afecto a su familia, pues no sabe decidir a no parte, por un sentimiento de virilidad personal, un momento de alivio a sus horribles sufrimientos cotidianos.

El voto es secreto, se dice, pero ¿qué importa cuando el patrón, el gobierno o los partidos pueden mandar votar a sus gentes bajo la vigilancia de censores b asegurarse de los votos emitidos?

Las masas proletarias pueden convulsionarse y arriesgar todo con la esperanza de una conquista inmediata; pero no arriesgar el trabajo, es decir, el pan y la tranquilidad cuando se trata de una lucha que no les ofrece más que una promesa, cien veces desmentida por los hechos, de leña y lejía mejor, y que deja al combatiente, vencedor o vencido, siempre a disposición del patrón.

Esto explica los plebiscitos que aclaman un gobierno la víspera misma del día en que una insurrección lo arroja del poder.

Si la miseria no empujara a las gentes; si las preocupaciones del mañana inmediato no sometieran humilde y miedo al obrero; si la masa, en una palabra, tuviera conciencia de sus propios derechos y la firme voluntad de hacerlos valer, no tendría la necesidad de ir buscando hombres más o menos capaces y honestos para encarar los asuntos de sus propias reivindicaciones. Pero pronto se les olvidan. Los trabajadores se entregan a trabajar para los patrones; los contribuyentes rehúsanse a pagar los impuestos; los conscriptos no se sometieran al servicio militar; y hé ahí destruido, de un solo golpe, propiedad individual y estado político; las dos cadenas que ligaban y mantenían al género humano.

Queda, pues, desvirtuada, por el razonamiento y los hechos, toda ilusión sobre el sufragio popular como instrumento de emancipación. Las clases privilegiadas, que al principio se habían mostrado reacias, van comprendiendo la utilidad que pueden

obtener por ese medio político, y lo aceptan como una presiosa arma de gobierno.

Cuando al pueblo no se le puede tener sometido por la fuerza brutal, y las mentiras de la frajería sirven más para haberlo aceptar la miseria, como ley decretada por Dios, no queda mejor medio para mantenerlo en la servidumbre que utilizar otra mentira, hacérle creer que él es el soberano y que las instituciones sociales son obras suyas y puede cambiarlas a su voluntad. Y la burguesía concede al pueblo ese sufragio que si pudiera ejercitarse en condiciones de conciencia independiente, no sería más que el derecho de elegir a sus propios amos; pero que en la condición de ignorancia y de servidumbre económica que se halla el pueblo, es una comedia indigna, en la cual vulgares vividores y charlatanes hacen mercado de la conciencia propia, y de las lágrimas ajenas.

Enrique MAJAJESTA

Esbozos

LA ENCRUJADA

Si en un rostro camina tropiezo alguna vez con un pensamiento no de liberación; Tonal sin titubear el camino ascendente. No importa que sea escabroso! — No por eso llegarás más tarde a la cumbre.

¡Zufre! — ¡Marcha! Todo eso son tentaciones. Todo son superestaciones. Desconfía de aquellos caminos licios o suavemente pendientes, sean o no a la izquierda. Todos, o conducirá a los pedregales sangrosos de la impetuosidad y la desconfianza.

¿Qué por el camino ascendente son muchos los que caen? No importa; otros continuarán el camino. Los pocos no valdremos menos.

Nuestro camino es el que va ascendiendo, sea como sea, hacia la cumbre. Sea la verdad y la justicia.

EL ABISMO

Son muchos, muchísimos; son legión los que al calor de la lucha han sacrificado su libertad, su bienestar material y el de los suyos, y hasta su vida. De todas esas pretes han salido triunfantes por su impetuosidad y un indomable perseverancia.

Mas un caso fortuito pone fin a la fragosa lucha, y en torcazo hay un silencio elemental que invita a la meditación y a luchar consigo mismo.

Ante sí, hay un precipicio inasable que hay que hundir para emprender de nuevo el camino hacia el Ideal. Acepta se extingue todo el pasado, con sus miserias, injusticias, esclavitudes y recuerdos. Arriba en la otra parte del precipicio, al porvenir, con sus libertades, con la vida armoniosa, y justa, con sus anhelos de perfección.

Infortunadamente, este es el momento más peligroso de su vida. Si su alma está libre de prejuicios; seguirá serena y segura en el porvenir, bordeando el precipicio, hasta llegar al otro lado, donde el camino se extiende amplio y florido. Mas si su alma sigue aun esclava en el pasado, lo vadrá vórtigo y se despeñará para siempre en el abismo insondable.

LA CREGIDA

Al pie de la tierra donde tengo mi puesto de observación, se arroja sorpresivamente, el Francoil. En sus aguas terrosas conserva aún las huellas de los arneses de tierra laborable de un reciente y formidable época.

A lo largo de su curso, que serpentea por la llanura de su valle que es un canal imborgable de riqueza, con humedades suaves, sus prodios de horripalanzas y sus viedos adarrolables, en sus partes más elevadas, se ven los destrozados causados por su paso furioso a través de cuantos obstáculos interponían su firme curso hacia la inmensidad azul del Mediterráneo.

Los campesinos, guiados tan solo por su afán de tierra y de riqueza, sin darse del atentado a las bellezas naturales que su egoísmo consume, fueron conquistando parecía tras pedfada, las laderas del río, hasta llegar a aprisionarlo tanto con sus cultivos; que no le dejaban más que el paso accidental para sus aguas en tiempo de sequía. Pero como el gran tiempo pasó, las aguas cobraron torrencialmente, así empezó el plebiscito de vida, engañó su curso hasta dar satisfacción a su libertad o inundó prodios y arreajo de un liberto o ahogado, y arrojado como un condegnado, arrasado tanto se oque a un paso.

Así es la historia humana; así son los hombres. Van resistiendo las imposiciones de los gobernantes; van sirviendo humillaciones en su dignidad. Pero al fin una ráfaga de libertad lo invade todo; el pecho se ensancha de los aires de rebeldía; y de la boca surge como de un volcán la voz revolucionaria. Y caen con estruendo todos los prejuicios, y nuevas normas de sociedad se imponen.

Pedro SEGARRA.